

POESIA

*DESCRIPCION DE
UN NAUFRAGIO*

*CRISTINA
PERI ROSSI*



Descripción de un naufragio es la culminación del ciclo alegórico: concebido como un relato en verso que imita el flujo de las mareas, describe un naufragio político y sentimental a través de una peripecia marina, creando una hermosa y tensa atmósfera erótica de múltiples imágenes que reflejan tanto el ámbito social como el íntimo.

Todo en ti fue naufragio.

PABLO NERUDA

Y los que sufrieron castigo y muerte por mar.

Crónica del s.XV

*Quand'eu vejo las ondas
e las muyt'altas ribas,
logo mi veem ondas
al cor por la velyda;
maldito sei'al mare
que mi faz tanto male.*

ROY FERNANDES,
Cancionero del Vaticano

*A tu pueblo lo han borrado del mapa
y ya no está en la Geografía
Andamos sin pasaporte de país en país
sin papeles de identificación*

ERNESTO CARDENAL

Julio, 1870. –Y esa tierra fugitiva que día a día se nos va.

Está distante el mar, y sin embargo, nos rodea más y más.

Pertenece a distintas categorías:

en la superficie, hombres de mar, catarros,
varicosis, la peste pestilencia,
y un capitán.

Abajo están los peces desplomándose en el mar.

Arriba, mariposas esquivas,
velas blancas que inventariar,
como muchachas que desfilan sin nadie a quien mirar.

El río Hibou de mi infancia no es el río este.

De ella me dijeron: un trato ceremonioso nos separó.

Creí reconocerlo por una especie muy rara de peces,
como un tatuaje que el río tuviera para hacerlo diferen-
te.

Creí reconocerla por el talle, cuando volviera,

pero le habían crecido los cabellos

y se había echado a la mar, como una piedra.

Barca va en náufrago navegando,

el sacerdote mentía,

nunca más apareció.

Sacudida por el aire
 que sube y baja de su cuerpo
 como a un junco contoneándola,
 sin que ella lo sienta,
 sin que ella suspire,
 sin que ella gima o responda.
 Mojada por la lluvia
 que goteó una y otra vez sobre su piel
 abriéndole los poros como puertas
 –por donde toda mar entró–.

Ajena.

Aislada de los deliciosos vicios
 de las noches de luna
 y de los vicios inquietantes de los medio-
 días
 de amantes sin reloj.
 Aislada de los deliciosos vicios
 de las noches suspectas
 que la hallaron sola junto al mar
 y echada,
 a expensas de las aguas,
 a expensas de las algas
 y de los peces que arribaban
 acechándola.

Instalada en la casa

 como el fuego del hogar
 como un antepasado mudo
 que ya no viene a visitarnos,
 como la madre y la hija.
 Y amada por mí

como si ella sola fuera al mismo tiempo
la madre deseada
la hija ardiente.

Como si ella sola fuera al mismo tiempo
la madre que amé una noche de estío
cuya hija amé toda la vida.

Lacrada.

Cerrada para mí como un secreto,
como la ostra de filosos labios
que me hiriera los dedos
la cara las manos la voz
el pensamiento y los sueños.
Cerrada como una urna.
Como una cripta.

Sagrada.

Inviolable como una diosa
a cuyo altar yo llevara ofrendas todos los
días
–ramas de pinos, flores de laurel,
los frutos del árbol opimo,
la miel, la música, los versos–
dejando, detrás,
una hilera de homenajes vanos.

Inmóvil,

fija en el tiempo,
como una estatua,
tan quieta que parece muerta,
sólida,
inquebrantable,
resistente a todos los asedios,
indestructible,
mira indiferente amarse a las parejas,

imposeíble,
incapaz de desalojarla de mí,
y tan sola, que a veces me da lástima.

Ya no aguantamos más el olor a muerto.

Y el mar, al que no podemos obligar a mudar de sitio,
 correrlo hacia las islas que hemos perdido en el naufr-
gio, donde vivir,
 dormidos, en el viejo Hibou de mi infancia.

Porque si bien el cielo se desploma
en un agua que nos da por la cabeza
a lo lejos creí reconocer sus señales
esos signos, mi Dios, de Su Grandeza,
río Hibou,
tersos senos,
otra vez me diera a la mar
otra vez la volviera a amar.